

mo día del año 84, la manifestacion, coincidiendo, no ya con el desprecio, sino con la ira, pasion escondida bajo las formas exteriores de la apatía y de la resignacion, respondió tambien á ella, y la manifestacion fué iracunda. Los estudiantes salian de sus casas, se dirigian al teatro Hidalgo, centro designado para solemnizar una fecha en relacion con su histórico nombre, llenas sus almas de resolucion subversiva, como en virtud de una tácita conjuracion. Ninguno habia dicho á sus compañeros: "hagamos de nuestra fiesta de alegría una fiesta de indignacion". . . . Nadie lo decía, y todos lo querian . . . Llegan momentos para una clase, como para un individuo, en que ella, como él, deja de pertenecerse á sí misma, algo superior la anima y la impulsa, obra con generosidad tan irresistible y fatal como el hombre más egoísta que, solo, al borde de las olas, ante una criatura que se ahoga, se inclina hácia ella y le tiende la mano. Los estudiantes de México no habian llegado todavia á ese momento, pero lo presentian. Entre tanto, sentian la necesidad de ser el grito, ya que aún no podian ser la accion . . . Un estudiante vestido con el uniforme propio de su rango de aspirante

al Cuerpo Médico-Militar, avanza sin espada á ocupar la tribuna diciendo que ha querido dejarla en tan solemne ocasion, persuadido de que dejaba con ella "el signo degradante de nuestra servidumbre." Luego, un jóven, muy jóven, denunciando con su aspecto no haber bien salido de la veintena, atezada la piel con esa gradacion broncinia que toma el color de la ardiente raza africana tras larga aclimatacion en nuestras costas, saltados los ojos con esa especie de repulsion interior que muchos frenólogos consideran como el signo seguro de una gran potencia en las facultades de expresion, aquel jóven salido del más humilde pueblo, poco aliñado en su traje, negligente en su ademan, con ese desaliño y esa negligencia que corresponden generalmente á un desprecio de la propia materialidad que se resuelve en profunda audacia de carácter, se puso á hablar como si estuviera recitando un ejercicio en su clase de Retórica. Declamó algunos períodos hechos . . . ¡Niñerías! Recogió un poco de las moléculas de lodo que flotaban en la atmósfera esparcidas por raros periódicos de oposicion, el fango ensangrentado de los cuarteles de Veracruz, la basura de los calabos

zos de Santiago Tlatelolco, y como un chico que se divierte en lanzar esferitas modeladas con los dedos, lanzó él contra el personal del poder todo ese polvo reunido y amasado en violentas alusiones. Los estudiantes y el público no estudiante aplaudieron vivamente, y un nombre resonó entre los aplausos semejante á una voz de alarma: *Batalla!*... Era este el apellido del jóven orador. Agitáronse los *policías secretos*, agentes disfrazados de la suspicacia del Gobierno y aún se creyó un momento que trataban de reprimir aquella demostracion hostil aprehendiendo al jóven que la representaba con su nombre y con sus palabras... Entonces, una jovencita salida de entre el grupo femenino que asistia al acto en virtud de un movimiento espontáneo de simpatía, se levantó á hablar y dijo con resuelto ademan que ella y sus compañeras estaban dispuestas, si era necesario, á verter su sangre por evitar la aprehension del estudiante en peligro... ¿Qué habia ahí, en el fondo de aquella fiesta?—*Lo que habia debajo*; el elemento pequeño y el elemento débil; los estudiantes y la mujer... No estaba léjos el dia en que ellos debian ponerse en accion ó ser envueltos en

la general servidumbre. Ese dia llegó con el 12 de Noviembre del mismo año 84, en que comenzó en la Cámara de diputados el debate sobre el contrato de conversion de la deuda.

IV.

El Debate.

Tal como estaba políticamente organizada y distribuida la cámara de diputados al iniciarse el debate, se podian señalar en ella tres agrupaciones: la de los diputados resueltamente serviles, la de los indecisos y la de los resueltamente independientes. La primera hacia la mayoría, la segunda la minoría, la tercera la excepcion. Los de la primera llegaban á cien, los de la segunda á 50 y los de la tercera apenas ajustarian la decena. Eso sin contar los *ausentes* cuya mayor parte rehusando asistir á las sesiones por no comprometer su voto

en ningún sentido podían ser asignados á la clase de los *indecisos*. Eran estos los llamados por un periódico de la capital *los diputados de agua tibia*, moto que el público recogió luego y comprendió en el apodo *los aguas tibias*, aplicado á la masa fluctuante de la Cámara. Colocada entre las dos agrupaciones extremas, parecia ser ella el botín preparado para los vencedores en una lucha desigual de 10 contra 100. ¿Sería arastrada por la fuerza del número hácia los 100 ó se replegaría hácia el mínimo grupo independiente por la fuerza de su conciencia? En los momentos en que más solemnemente se planteaba para ella ese dilema con la apertura de la sesión de la tarde del 12 de Noviembre, un diputado pidió la palabra y fué á usar de ella á la tribuna. ¡Triste tribuna! Picota, más bien que peana de la elocuencia, aquella tribuna á cuyos barrotes parecia encadenada la palabra libre, se veía sobre ella la espada, detras de ella las prisiones, todo á su alrededor la pequeñez y la humillacion, caras infamadas por la mueca de la lisonja, dorsos encorvados por el hábito de rendir reverencias. . . . El autor de esta historia que asistia, en calidad de espectador, á aquella sesión

y que venia de ver la tribuna altísima y resplandeciente en España con la palabra de Moret y de Castelar; en Inglaterra con la de Gladstone y J. Bright, veía aquel aparato de Cámara con su presidente campanillando sus *mulas de Nuestro Amo* y sus voceadores de votaciones, y apenas concebía que pudiera salir ninguna idea grave, ningún grande acento del seno de una asamblea donde se mantenía tan bajo el nivel de la dignidad parlamentaria. . . . El diputado que se levantaba á hablar, alto, seco, todo nervios, habia venido á la Cámara de las playas de Veracruz, ese Nápoles de México. El *vómito* es un cráter epidémico como el Vesubio es un cráter geológico, el castillo de San Juan de Ulúa es sombrío como las ruinas de Poestum y de Pompeya; las olas que se mecen á orillas de Sacrificios y de Anton Lizardo tienen las reverberaciones y las languideces de las que mueren junto á Procida y Sorrento; el *Norte* es tan implacable como el *sirocco*: éste marchita, aquel desgaja; el sol que flamea sobre las grutas carbonizadas de la *Solfatará* no es ménos ardiente que el que caldea las *tinajas* de Ulúa. . . . Estas coincidencias, esa vida semejante de continua fluctuacion entre las

caricias y los rigores de una naturaleza á la vez voluptuosa y hostil, esa comun contemplacion del dolor bajo el prisma del placer dan al veracruzano como al napolitano la indiferencia de la vida y de la muerte; uno y otro tienen esa mezcla de indolencia y de pasion que hay en el fondo de los caracteres poéticos, y por eso la poesia se produce en las almas de ambos como por generacion espontánea.... El heroísmo es la poesia en accion, encarnando, humanando.... Cada *lazzaroni* esconde en potencia un Mazaniello, cada mulato de Veracruz esconde ¡á quién? ¡á qué?.... El diputado veracruzano que subió á la tribuna era doblemente poeta por su naturaleza y por su vocacion literaria. Habia hecho versos á la luna, metrificado sus sentimientos, rimado el ardor de su sangre y de su espíritu.... ¡nada más! Derepente, tras largo período de dejarse impulsar, si no arrastrar por las masas avasalladas de aquella cámara, se siente ante una cuestion de vida ó de muerte, y sacude su pasada indolencia como uno de esos remeros veracruzanos que tendidos á dormir largo tiempo en el fondo de su barca, se incorporan y se lanzan al remo con súbita energía, cuando advierten que

ha empezado á soplar el terrible *Norte*. Su aislamiento casi completo le hace sacar fuerzas de su debilidad, porque nunca se engrandece más el hombre que cuando más se individualiza, y como para alentarse á sí mismo busca recursos en su imaginacion que le representa la cuestion del momento como objeto de la ansiedad universal.... "El país entero ¡qué digo?—exclama—el mundo creo que nos está mirando en estos momentos solemnes en que debemos manifestarnos dignos de representar un pueblo ilustrado y libre." Hombre, no de cálculo, sino de sentimiento, haya manera de desprenderse de los números en una cuestion de números é imprime á todo su discurso un tono profundamente patético. Habla á nuestro amor de raza presentando al acreedor inglés, preferido por el Gobierno al acreedor español despreciado en el plan de pretendida consolidacion del crédito nacional. Habla á la angustia palpitante de la situacion presentando como un espejo en que pueda reconocerse el cuadro del hambre de los empleados públicos, algunos suicidándose, otros muriendo de inanicion. No discute; impreca. No analiza; condena de plano. Dice que el Gobierno se ha exce-

dido comprometiendo para el pago de la deuda las rentas federales que estaba impedido para ofrecer por expresa prohibicion legislativa. Y sienta una conclusion revolucionaria expresando que "aunque el convenio sea aprobado en la Cámara, no es obligatorio para el país." Todo esto, dicho en terso y atildado lenguaje que revelaba al versificador tras el tribuno, pronunciado en el tono agudo que da á la palabra la sobreexcitacion del espíritu y acompañado de gestos y movimientos llenos de grande energía ó desesperacion. . . . todo hubiera parecido insuficiente y declamatorio en otra ocasion en que se hubiese tratado puramente de debatir un proyecto de crédito público; pero entónces, en aquellos momentos en que la indignacion contra un gobierno vandálico hacia perder de vista las conveniencias de pagar una importante deuda y en que la animosidad pública cerraba un ojo para no ver la cifra de la deuda estricta y solo habria el otro para ver la de los 13 millones que le representaba el provecho de Gonzalez y Comp., entónces la peroracion del diputado veracruzano produjo grande efecto y satisfaccion en la muchedumbre de oyentes atraidos por el ruido del debate, y

aquella muchedumbre respiró como si su exasperada angustia hubiese encontrado al fin quien la comprendiese y la expresase. . . . Un coro de palmadas y aclamaciones terminó sobre todas las que partieron de cada intercolumnio de la Cámara. Salió de las galerías superiores, como si el aplauso que en las inferiores era débil é irregular, estuviese en aquellas compacta y poderosamente organizado. . . . Hasta entónces la atencion de los diputados y los concurrentes á las galerías bajas se volvió de preferencia hácia las altas, y se pudo observar sus graderías invadidas en apretadas filas por la juventud de las Escuelas. *Lo que habia debajo se habia subido*, parecia que aquel elemento pequeño y de pura importancia futura en la vida regular de las sociedades, lleno entónces del sentimiento de una mision excepcional en una cuestion de patria, tendia á ascender en el lugar donde iba ella á resolverse, y á buscar en su elevacion material una significativa correspondencia con la superioridad de su misma mision. Un grito estridente de "¡viva Veracruz!" confundido con otros de "¡viva Diaz Miron!" lanzado por un estudiante que asomó medio cuerpo sobre el balaustre, saludó

Tomo II.—16.

al diputado orador en el Estado de su nacimiento. El nombre de *Salvador Diaz Miron* fué declarado en un momento en virtud de tácito y espontáneo convenio una especie de vos de ataque, como el del estudiante Batalla habia sido la voz de alarma. Hay nombres que las multitudes izan como si fuesen banderas; se diria que tienen pliegues y colores, se les ve tremolar. . . . Los estudiantes habian subido á las galerías superiores sin nombre alguno especial que aclamar. Por eso el espíritu que la animaba al abrirse la sesion era hasta cierto punto inocente: una vaga necesidad de manifestarse, de hacer sentir sus antipatías contra el convenio Noetzlin por medios enteramente escolares, como los que se usan en las aulas contra los profesores rígidos que no dan asueto. Pero luego, con aquel discurso á que referir sus vagos sentimientos, con aquel nombre que aclamar, la multitud estudiantil halla ó se figura hallar los viejos instrumentos de nuestros motines: un plan y una bandera. Desde ese momento ya no fueron espectadores; eran amotinados. Solo les faltaba para determinar su nueva actitud que un obstáculo moral se les opusiese para tener en él algo que com-

batir, algo que destruir, y ese obstáculo se les presentó bien pronto bajo la forma y en la palabra de un diputado obeso y de gran talla que se levantó á hablar en pro del dictámen de aprobacion del contrato Noetzlin.—Tenia aquel hombre todas las dotes naturales y adquiridas que pueden servir para inspirar respeto á la juventud: la corpulencia de la figura, cualidad apreciableísima tratándose de impresionar almas sensibles que se dejan recomendar las proporciones espirituales por las físicas; tenia el talento, la ciencia adquirida en larga vida de estudio, cierto aplomo magistral en el estilo y en la palabra. . . . El Gobierno de Manuel Gonzalez no pudo haber elegido un hombre mejor por sus cualidades personales para oponerlo al tumulto de la juventud. Y sin embargo, apenas se levantó á hablar cuando se notó un murmullo general de desagrado y hostilidad que salia de las galerías superiores. ¿Qué significaba?—Era que aquel hombre formaba parte principal de la redaccion de *La Libertad*, el periódico subvencionado de D. García. Ese fenómeno de óptica política en virtud del cual la figura de un hombre se hace diáfana y la luz que la ilumina pasando á través

va á proyectar tras de ella la figura de otro hombre, ese fenómeno anulaba entónces en el orador todas sus cualidades propias y le atribuía todas las impurezas, todas las desvergüenzas, toda la impopularidad del personaje patibulario D. García I. Como abrumado por la conciencia irresistible de su situación, balbutea más que habla frente á ella. Todos los hombres somos en ciertas ocasiones unos niños grandes; tan niños como el chico que dice á su madre con gran persuasión "¡si no lloro!" cuando está llorando. El diputado no hace más que decir "mi conciencia." Afirmar la tranquilidad y rectitud de ella, la enfatiza cuando debería evitarla. . . . Los estudiantes que ceceaban desde que comenzó á hablar, tosieron. Luego se refiere al discurso de Diaz Miron como "declamaciones," y los estudiantes que tosían, gritan. Por último se pierde en escarceos de política, se acoge á la sombra del general Diaz con quien dice haber tenido una entrevista de que dá cuenta, y al ruido de tan pequeña oratoria en que no resuena ninguna razon triunfante en favor del voto afirmativo con que promete apoyar el contrato de la deuda, surgen todos los vicios y desórdenes de nuestra

Cámara-teatro. El público todo se siente arrastrado por el tumulto de los estudiantes, las galerías bajas concurren á la algazara de las altas, el presidente agita en vano la campanilla amenazando á los gritones con aplicarles la letra muerta de un artículo expulsor del *reglamento* de la Cámara y el diputado orador se calla y se sienta presentando en su aspecto todos los síntomas de un actor silvado. . . .

Tal fué el principio del debate: tal debía ser su curso y su fin. Varían los incidentes, cambian turnándose los oradores del *pro* y del *contra*; el debate no avanza un punto; á lo más va á dar á la cifra de los 13 millones del exceso, objeto de interpelaciones por parte de la oposicion, de reticencias por parte del Gobierno y sus oradores. Pero un hecho importante se habia desde luego verificado en aquella primera sesion. El se manifestó con motivo de una proposicion incidental presentada por algunos diputados independientes pidiendo que se presentase á informar sobre un punto del debate el sub-secretario de Relaciones Exteriores. La votacion nominal sobre esa proposicion arrojó 75 votos en *pro* por 85 en *contra*. Era este